

IGNACIO ECHEVARRÍA. *Una vocación de editor. Un acercamiento personal a la figura y la labor editorial de Claudio López Lamadrid – Lector y prescriptor entre dos siglos*. Prólogo de Emiliano Monge. México: Taller Editorial Gris Tormenta, 2020 (Editor, 3). 131 pp.

La editorial Gris Tormenta comenzó a circular, desde 2018, la colección “Editor”. La finalidad de este repertorio es explorar el mundo libresco tanto desde la visión personal de los involucrados en las dinámicas editoriales como desde las experiencias particulares de los propios editores. A la fecha, se han publicado cinco títulos, en el cómodo formato octavo, y todos acompañados de un prólogo firmado por algún escritor o editor reconocido dentro de este escenario.

En 2020, la colección publicó el tomo número tres dedicado a Claudio López Lamadrid, célebre editor español de finales del siglo XX y principios del XXI, recientemente fallecido en 2019, y cuyo legado se ha convertido en uno de los puntos de referencia más importantes del mundo empresarial de los libros, en especial por su predilección por la literatura hispanoamericana. Este nuevo volumen del repertorio —realizado con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, por medio del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2019— sigue la misma estructura de los dos primeros: se compone de una breve presentación de la serie (sin firma), un prólogo de Emiliano Monge, el texto de Ignacio Echevarría y un par de semblanzas de las tres personas implicadas.

En la presentación se refieren las motivaciones que llevaron a la creación de la colección “Editor”. La finalidad, se dice en el texto, consiste en ofrecer escritos en un tono ensayístico, que representen más un testimonio en primera persona que un estudio especializado. Es, por tanto, una colección de divulgación. En estos volúmenes, los autores exponen sus conocimientos, sus experiencias, sus historias y vivencias en torno a la industria editorial; de modo que la colección, en realidad, discurre “de la creación a la edición, de la traducción a la composición” (10). La presentación concluye con una declaración explícita de su propósito: “Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* de la literatura” (10).

El prólogo, titulado “Claudio en su burbuja”, estuvo a cargo del escritor mexicano Emiliano Monge, quien expone, desde un tono ligero, ensayístico y anecdótico, su relación profesional y de amistad con Claudio López Lamadrid, editor de varias de sus novelas. Monge relata que conoció a López Lamadrid antes de dedicarse a la escritura profesional, es decir, cuando era un editor júnior en Random House Mondadori México, donde también trabajaba el español, quien ya en ese momento tenía ganado un renombre en la industria editorial. Mediante un par de anécdotas, lo retrata como un hombre culto, un entusiasta promotor de las obras creativas de América Latina, siempre actualizado en formatos digitales del libro —cultivaba mucho

la lectura en *Kindle*, por ejemplo—, un lector ferviente de la literatura norteamericana, un editor comprometido, riguroso y muy exigente con sus autores. Al respecto, Monge explica: “Los tajos que las palabras de Claudio abrían estaban mucho más allá del trabajo sobre el texto, porque estaban, siempre, mucho antes del texto: sus primeros cortes venían cuando uno le hablaba de un libro que era apenas una idea [...] y los últimos te alcanzaban cuando el manuscrito se volvía eso: el primer manuscrito” (20-21). En suma, Monge hace el esbozo de un editor que “disfrutaba todas las partes de su labor” (24) y que ayudaba a todos sus escritores con rigor y tenacidad.

Ahora bien, la parte principal del libro, titulada “Una vocación de editor” y firmada por Ignacio Echevarría, propone un razonamiento que va en dos líneas: presentar, por un lado, la vida y trayectoria de Claudio López Lamadrid (el personaje biografiado) y, por otro, apuntar algunas ideas sobre la labor de un editor en el mundo actual. Explica Echevarría al inicio de su texto: “Hasta bien entrado el siglo xx, el oficio de editar era asunto, principalmente, de librerías e impresores —que con bastante frecuencia eran las dos cosas” (29). De esta forma, con una prosa ágil —en un tono medio entre lo ensayístico y lo académico—, en la que de vez en cuando intercala citas del propio López Lamadrid, Echevarría entrelaza anécdotas sobre la vida del editor español con comentarios sobre su labor en el escenario comercial del libro.

Para ofrecer un retrato de López Lamadrid, Echevarría comienza con una reflexión sobre lo que significa editar en la actualidad, pues él mismo aclara que “el término *editor* es confusamente polisémico” (37; las cursivas son del autor), además de que “aun entre los lectores más expertos, es muy poco lo que suele saberse de los oficios del libro, entre los que apenas se acierta a identificar los de traductor y corrector, todos los demás subsumidos en el tan impreciso de editor” (38). El propio Claudio López Lamadrid ya había externado su punto de vista sobre este asunto en 2017 —y justamente por eso lo trae a cuento Echevarría—, cuando apuntaba: “Los jóvenes hoy en día se piensan que ser editor es ser *publisher*” (38). La labor profesional del editor, continúa en esa entrevista López Lamadrid, en realidad consiste en “Editar los textos, trabajar con el autor, o con la traducción, y encima hacerlo de forma anónima, sin dejar rastro de autoría, es fascinante, porque tocas la esencia misma de tu cometido: el editor trabaja para el autor, y no viceversa” (39).

A partir de esta entrevista, Echevarría cuestiona la opinión de López Lamadrid y aclara: “La noción de *editor* que aquí emplea Claudio se asemeja a la más corriente de *editor de mesa*, pero no coincide exactamente con ella, no al menos tal y como la empleo yo” (40; cursivas del autor). El concepto de editor utilizado y llevado a cabo por Claudio López Lamadrid en su vida diaria —aspecto, por cierto, que considero lo más rescatable del volumen, más allá de los datos biográficos, que fácilmente se pueden localizar en otros medios— es un término multifacético, esto es, la idea del *editor todoterreno*, según lo define Echevarría, la cual abarca tres puntos: el editor y el

texto, el editor y el autor, el editor y el crítico literario. Para López Lamadrid, lo más relevante era la relación con el autor; que él definía así: “el editor trabaja para el autor, y no viceversa” (53); por ello, se dedicó de manera comprometida y generosa a apoyar a sus autores, a los que incluso llegó a considerar sus amigos en muchos casos; para Echevarría, en cambio, la esencia del trabajo editorial es “que el editor se halla al servicio del texto” (54). Declaraciones cercanas, pero de índole distinta, porque indican una orientación y una perspectiva diferentes respecto al oficio de editar.

Acerca de la relación entre el editor y el crítico, López Lamadrid opinaba que: “Ambos, crítico y editor, son prescriptores, pero prescriben con la vista puesta en lugares distintos. Un editor no contrata lo que le gusta, sino lo que le conviene; contrata con la vista puesta en su propio catálogo. Un crítico, por el contrario, [...] debería ejercer su trabajo de prescripción con la vista puesta en un canon concreto” (48). De modo que tienen trabajos de cierta forma complementarios. Esa es la razón, explica Echevarría, de que muchos editores terminen por ser reseñistas y promotores culturales de las novedades editoriales, y, de esa manera, participan también en el horizonte de conformación del canon, ya que su trabajo, y en esto hace mucho hincapié, consiste en más que simplemente editar y corregir un texto: en ayudar a detectar nuevas voces, nuevos talentos literarios, pero también nuevos formatos editoriales que estén a la vanguardia y en colindancia con el momento actual. Así lo aclara: “Pues uno de los problemas a los que se enfrenta todo editor, en la medida en que goza de crecientes visibilidad y hegemonía, es la progresiva pérdida de ‘capilaridad’ en su sistema receptivo, entendiéndolo por tal cosa su capacidad de mantener abiertos y activos los circuitos que lo conectan con lo más radicalmente nuevo y emergente” (88).

El breve repaso biográfico de Ignacio Echevarría sobre la vida de Claudio López Lamadrid —que consta de 97 páginas— ofrece, a su vez, la oportunidad de conocer las diferentes facetas de la labor de un editor: su compromiso con el texto, sus relaciones con los autores, la dinámica de las publicaciones de los libros contemporáneos, el mundo de la venta de libros en la actualidad, la efervescencia cultural de la lectura, entre otros temas. De modo que la propuesta de este libro implica más que el registro de unas anécdotas curiosas; se trata de una obra divulgativa, pero con conocimiento de primera mano sobre el ambiente editorial y sus métodos de trabajo, por lo que tanto al lector especializado como al no especializado puede resultarle provechosa la lectura de este volumen.

Diana Vanessa Geraldo Camacho
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Seminario de Edición Crítica de Textos, México
dgeraldo01@gmail.com

